



MELILLA. — LA ALCAZABA (de una fotografía)

II

El general Margallo manda la plaza; su historia es limpia; todo el mundo asegura que es un hombre de honor, y él lo prueba. Lo primero que se hace para las obras del fuerte Sidi-Auriach es un barraconcillo donde guardar las herramientas. Durante la noche lo destruyen los rifeños. Margallo, que ha presentado lo que ocurrirá, pide á Madrid gente. El general abunda en razones para temer, no sólo porque lo reconoce así su experiencia de soldado, sino porque se le advierte por las kabilas que no permitirán allí construcción alguna; es tierra sagrada para ellos por estar próxima á la Mezquita. Los españoles no hacen caso, y dan principio á las obras, que son destruidas también; la mañana del 2, á trabajar de nuevo. Hay cuarenta hombres en el fuerte, que son envueltos y arrollados por los moros. Empieza la guerra.

El escaso número de españoles no puede resistir á la feroz muchedumbre, y tampoco puede retirarse por lo mismo; Margallo envía rápidamente setecientos hombres del batallón disciplinario y regimiento de Africa: la lucha es inmensa; la retirada es verifica con doce españoles muertos y multitud de heridos. Los presidiarios que trabajan en el fuerte pelean con las armas inútiles ya de esos heridos y esos muertos españoles, que podrán ser bajas en campaña por el honor y engrandecimiento de su nación, pero que serán solamente víctimas infelices de otra guerra vergonzosa y sin fruto. En este día, de recordación infausta, los españoles combaten y mueren como la historia atestiguó durante siglos y siglos; levantándose cada uno un pedestal, que las mujeres españolas desde las penumbras de sus templos y desde sus tristes hogares silenciosos adornarán con siemprevivas de su corazón, y cada español regará con lágrimas de fuego.

Los combates parciales de este día de dolor y orgullo para la nación española, en que grupos de dos ó tres soldados españoles se defienden contra apiñados remolinos de la rencorosa y salvaje chusma del Rif, bastarían para que otra cualquier nación se conceptuara la primera del mundo. ¡Y qué! Los soldados se retiran en espera de unos refuerzos que no van, y los moros se posesionan del campo español. Las imaginaciones se exaltan, el humo de los cerebros meridionales llega á las nubes; pero la plaza de Melilla continúa sin gente y sin provisiones, y los moros atrincherándose en el campo español y mofándose de Melilla y de España. La movilización de tropas, sin embargo, es inmensa; á contar los batallones y regimientos que van al Rif, según los telegramas y las gacetillas de los periódicos, no habría volúmenes suficientes para extender su nomenclatura, pero en Melilla cuando esto ocurre no habrá ni 6.000 soldados.

Necesítase ahora un afilado pensamiento de acero

blará para defenderse. Se destituye al general Margallo, se nombra á otro, llegan las jornadas del 27 y 28, Margallo se hace matar por la vergüenza de que ha de salir de Melilla sin prestigio, y he aquí, por las vicisitudes de la suerte, un hombre popular, desacreditado y muerto en sólo algunos días... Desacredita-

para abrir surco y obtener la verdad, en ese monte inconmensurable de telegramas, notas oficiosas, gacetillas, artículos y sueltos publicados, reproducidos, estirados y vueltos á reproducir, que llevan la confusión al cerebro más firme. Del 2 al 27 de octubre no ocurre nada. Margallo se muestra indeciso; se le vitupera su indecisión... ¿Y por qué? Margallo no hace otra cosa que reflejar la incertidumbre de sus superiores. ¿Por qué se ha de pedir á un subalterno, por serenidad y firmeza que tenga, aquello de que carece el superior á cuyas órdenes está? Si se inculpa hoy á un muerto sin defensa, para eludir, quizá quien le inculpe, responsabilidades pavorosas, téngase en cuenta que el muerto no ha-

atezados y feroces rostros, como viscosidades pestilentes de la tierra.

Llega Macías al mismo tiempo de morir Margallo; toma posesión, dispone algunas medidas de acierto, arroja á los moros de la Aduana del Rey, expulsa á los judíos, ordena la construcción de barracones para las tropas... De repente publica el gobierno un extraordinario de la *Gaceta* contando á los españoles que nuestras tropas han obtenido un formidable triunfo. La noticia produce un efecto mágico; la alegría enloquece las almas; en toda la nación hay manifestaciones de entusiasmo; el júbilo se desborda de los pechos... Los moros han sido atacados por nuestras tropas; no pueden resistir las formidables cargas á la bayoneta del batallón disciplinario, huyen hasta el Gurugú; el «Conde de Venadito», «La Numancia», «Alfonso XII» y el «Isla de Cuba» los cañonean incesantemente, haciendo en las masas de moros mortandad horrible... El general Macías pone telegramas al gobierno, manifestándole que el campo español está limpio de moros; toda la prensa lo confirma; todo el mundo está convencido de que es así; cada pecho español es una gloria abierta de par en par á la esperanza de que todo concluya con satisfacción y orgullo nuestro... ¡Ay! Pero por esas puertas de la gloria que se abren de par en par en los pechos españoles, métese como un cuchillo, en vez de la esperanza, la triste convicción de que los moros son dueños de parte de nuestro campo, de que nos hostilizan desde nuestras trincheras y de que están en la persuasión de que nuestros fuertes serán suyos.

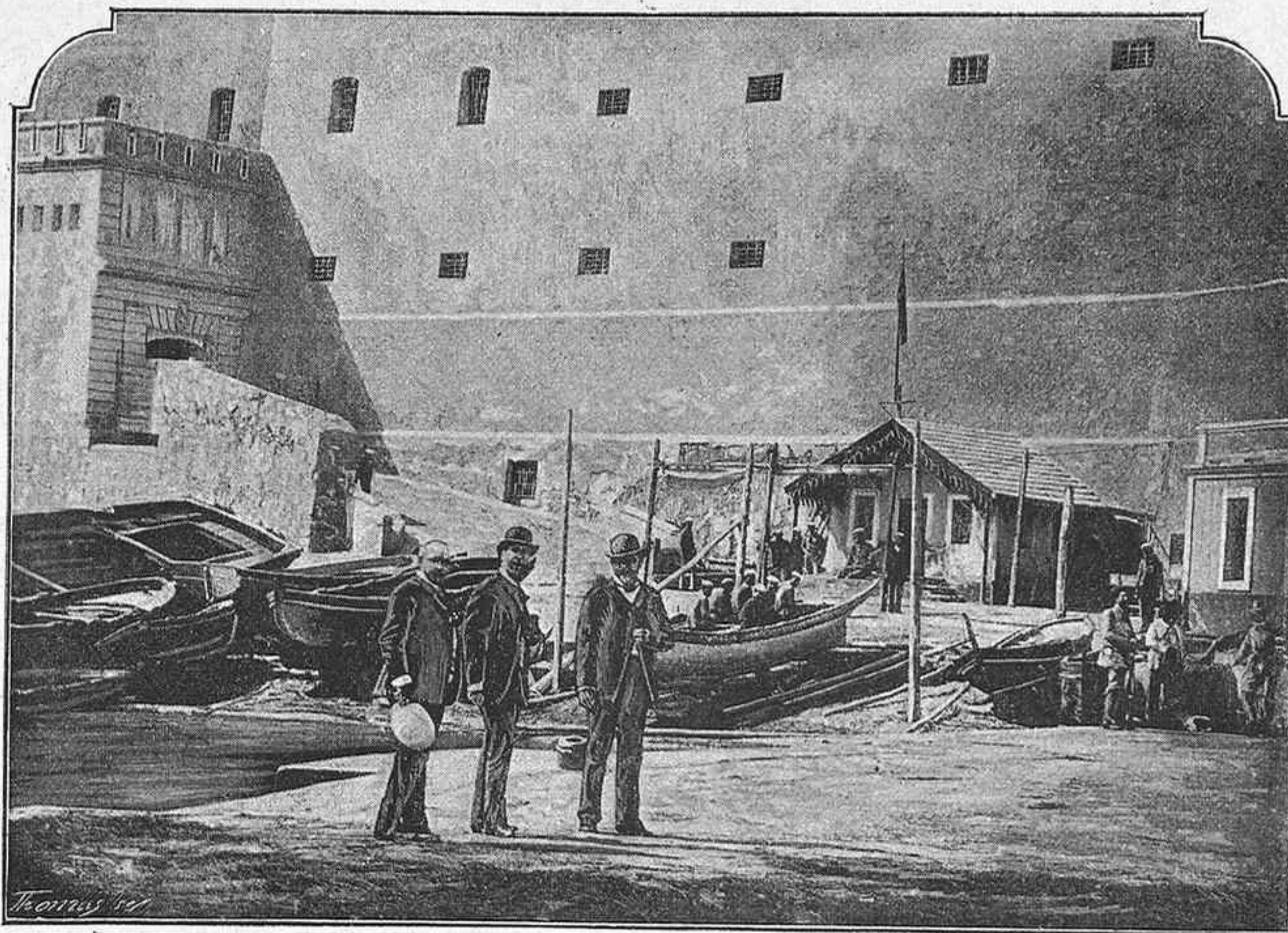
El abatimiento que esto produce se acentúa con la alegría del ministerio. El ministerio parece muy dichoso porque espera una nota del sultán.

El sultán á todo esto es un personaje que no habla; está entre bastidores: como el escenario tiene tanto fondo — todo Marruecos, — resulta que el sultán no parece en parte alguna; tarde ó temprano tiene que parecer, pero no sabemos si su presencia servirá para el desenlace del drama, ó para que se meta ya en acción verdaderamente y que todo lo ocurrido se guarde como prólogo...

Pero no. ¿A qué engolfarnos en pesimismo? Las tropas de Melilla pueden ya llevar convoyes sin que los moros las hostilicen; en el campo reina tranquilidad seráfica; el sultán sólo está á dos jornadas, y de un instante á otro ha de llegar para que todo quede arreglado amigablemente, y el gobierno español tendrá la fortuna de haber conseguido con su ha-

bilidad y con su prudencia que no estalle una conflagración en toda Europa.

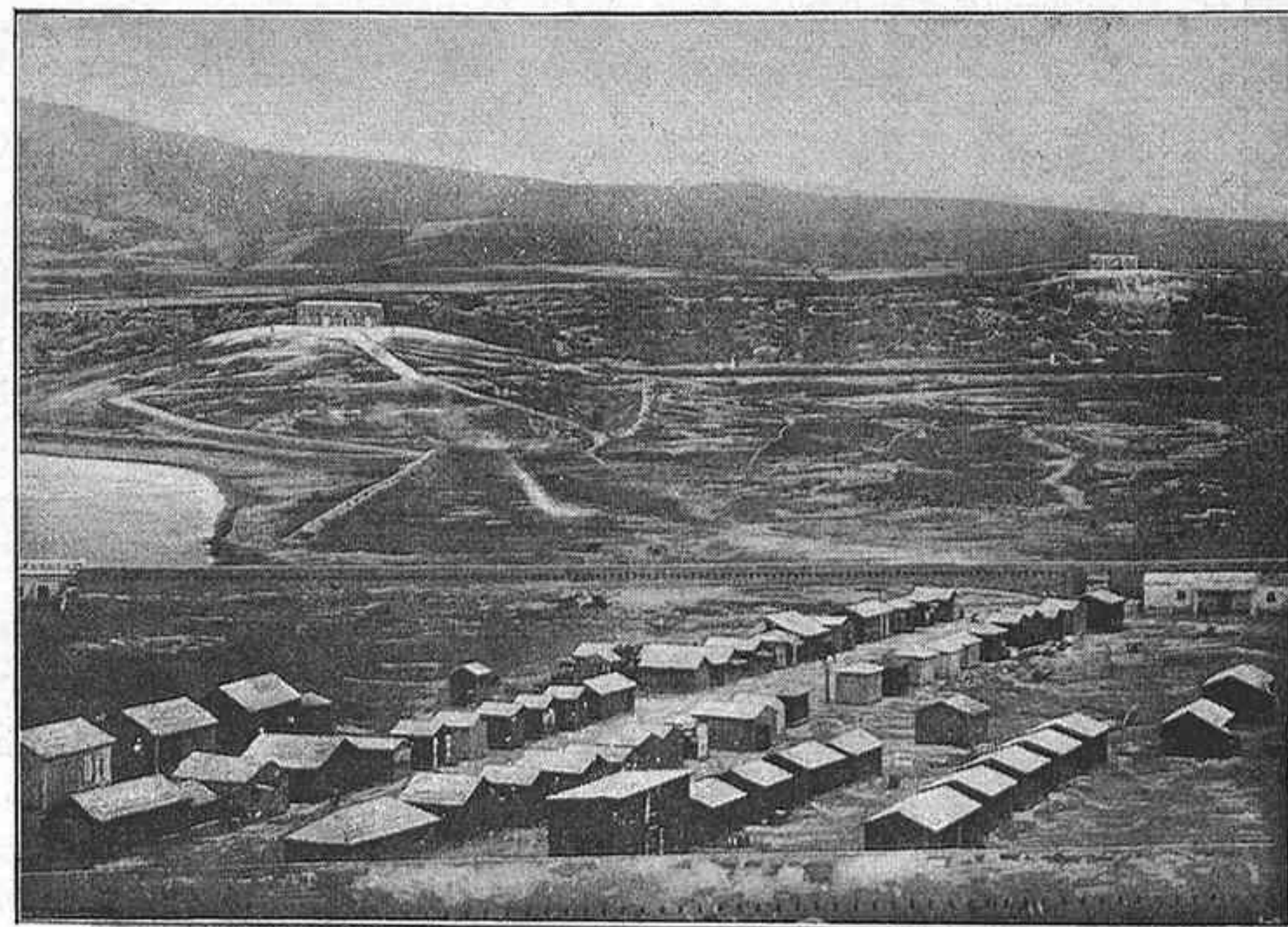
Efectivamente, el sultán no ha llegado, pero el gobierno recibe una nota del sultán... El sultán se dispone á castigar á las kabilas... El sultán se duele mucho y no hace más que sufrir por la agresión hecha á los españoles; á nosotros, á un pueblo tan ami-



MELILLA. — PUERTA DE ENTRADA (de una fotografía)

do, no... Supo morir... España le llora y le venera.

Con Margallo caen multitud de inocentes que no han tenido la culpa de la desesperación de su general, ni de los errores de los gobernantes; nuevas fechorías dolorosas y sublimes en que el español combate pecho á pecho contra un enemigo á quien por su gran número le es imposible vencer; sin embargo, no desalienta, sufre hambres y lucha aún sin que la sangre preciosa que derrama pueda fructificar en bien del país amado; como siempre, los hechos heroicos se multiplican; el oficial pelea bravamente y sucumbe; los soldados mueren abrazándose en fiera acometida á los que les asedian: adolescentes, niños casi en su mayoría, se lanzan nuestros soldados como fieras, luchan como cíclopes y caen como héroes; retíranse al fin ante la inmensa superioridad del número. La noticia se extiende como nube luctuosa; en toda España se oye un alarido de dolor, y las hordas del Rif cantan ferozmente su victoria en nuestro campo, extendiéndose y rastreando por las hondonadas y por los cerros, con sus chilabas sucias y sus



MELILLA. — MERCADO EXTERIOR CONOCIDO POR LAS «BARRACAS» (de una fotografía)